

# libro al viento



UNA CAMPAÑA  
DEL INSTITUTO  
DISTRITAL  
DE CULTURA  
Y TURISMO  
Y LA SECRETARÍA  
DE EDUCACIÓN



IFPC-UNESCO

Con el aval del Fondo Internacional  
para la Promoción de la Cultura



ALCALDÍA MAYOR  
DE BOGOTÁ D. C.

Secretaría  
**EDUCACIÓN**

Instituto Distrital  
**CULTURA Y TURISMO**  
Una Expedición por el Orgullo

*Bogotá sin indiferencia*



León Tolstoi

---

IVÁN EL IMBÉCIL

Alcaldía Mayor de Bogotá

---

Instituto Distrital de Cultura y Turismo  
Secretaría de Educación del Distrito

León Tolstoi

---

IVÁN  
EL IMBÉCIL

## ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ



Luis Eduardo Garzón  
ALCALDE MAYOR DE BOGOTÁ

### Instituto Distrital de Cultura y Turismo

Martha Senn  
DIRECTORA

Victor Manuel Rodríguez Sarmiento  
SUBDIRECTOR DE FOMENTO A LAS ARTES  
Y LAS EXPRESIONES CULTURALES

Ana Roda  
GERENTE DE LITERATURA

### Secretaría de Educación del Distrito

Abel Rodríguez Céspedes  
SECRETARIO DE EDUCACIÓN DISTRITAL

Alejandro Álvarez Gallego  
SUBSECRETARIO ACADÉMICO

Isabel Cristina López  
DIRECTORA DE GESTIÓN INSTITUCIONAL

Elsa Inés Pineda Guevara  
SUBDIRECTORA DE MEDIOS EDUCATIVOS

Traducción del inglés, preparada  
especialmente para esta edición.

© Instituto Distrital de Cultura y Turismo  
[www.idct.gov.co](http://www.idct.gov.co)

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción  
total o parcial sin permiso del editor

ISBN 958-8232-

Asesora editorial: Margarita Valencia Vargas

Coordinadora de publicaciones: Diana Rey Quintero

Diseño gráfico: Olga Cuéllar + Camilo Umaña

Impreso por Cargraphics. Hecho en Colombia

## Contenido

LA HISTORIA DE IVÁN EL IMBÉCIL Y DE SUS DOS HERMANOS SIMÓN EL SOLDADO Y TARAS EL CORPULENTO; Y DE MARTA, SU HERMANA MUDA, Y DEL DIABLO VIEJO Y DE LOS TRES DIABLILLOS	13
---	----



León Tolstoi

---

IVÁN EL IMBÉCIL



## LEÓN TOLSTOI

Septiembre 9, 1828, Yasnaya Polyana/ noviembre 20, 1910,  
Yasnaya Polyana, Rusia

Hijo de nobles, fue educado en su hogar hasta los 16 años, cuando fue enviado a la universidad. En 1851 se enlistó en el ejército con su hermano, pero se retiró en 1855: los años siguientes, pasados entre sus tierras y los círculos literarios de San Petersburgo, le dejaron una inmensa insatisfacción con su vida, insatisfacción que más tarde se extendió a la civilización occidental.

En 1862 contrajo matrimonio con Sonya Andreyevna Behrs (1844-1919), de 17 años de edad, y quien, además de ser la madre de sus 13 hijos, se convirtió en su secretaria. Entre 1865 y 1877 escribió y publicó sus dos obras maestras: *Anna Karenina* y *La guerra y la paz*. A estas siguió *La sonata a Kreutzer* (1890) y *Resurrección* (1899), entre otras. Pero sus obras reunidas suman más de noventa volúmenes y gran parte de sus escritos reflejan su profesión de fe, a finales de la década de 1870, en la doctrina del amor cristiano, y su consiguiente defensa de la no violencia y de una forma de vida roussoniana.

Tolstoi murió de neumonía el 20 de noviembre de 1910, en una remota estación de tren adonde huyó,

después de dejar sus posesiones en manos de su discípulo Vladimir Chertkov, con el propósito de convertirse en un asceta nómada.

En su famoso estudio *¿Qué es el arte?* (1898), Tolstoi defiende su teoría de que el arte debe ser un transmisor de los sentimientos buenos y malos del artista: a través del sentimiento, el artista induce en los demás el deseo de actuar bien o mal. Es esta teoría la que informa y sostiene las dos obras publicadas en Libro al viento: *Iván el Imbécil* y en *Fábulas e historias*.

LA HISTORIA DE IVÁN EL IMBÉCIL  
Y DE SUS DOS HERMANOS SIMÓN EL SOLDADO Y TARAS  
EL CORPULENTO; Y DE MARTA, SU HERMANA MUDA,  
Y DEL DIABLO VIEJO Y DE LOS TRES DIABLILLOS.

1

Había una vez en cierta provincia de cierto país un rico campesino que tenía tres hijos: Simón el Soldado, Taras el Corpulento e Iván el Imbécil, además de una hija soltera, Marta, que era sordomuda. Simón el Soldado se fue a la guerra a servir al zar; Taras el Corpulento se fue a donde un mercader en la ciudad a comerciar e Iván el Imbécil se quedó en casa con la muchacha arando la tierra hasta que se le dobló la espalda.

Simón el Soldado obtuvo un rango elevado y una propiedad y se casó con la hija de un noble. Su paga era buena y su propiedad era buena pero siempre se quedaba corto. Lo que el marido ganaba la esposa lo dilapidaba y nunca tenía suficiente dinero.

Simón el Soldado fue a su propiedad a recoger sus ganancias pero el administrador le dijo:

—¿De dónde van a salir las ganancias? No tenemos ganado ni herramientas ni caballo ni arado ni escarificador. Primero debemos conseguirlos y después llegará el dinero.

Simón el Soldado buscó a su padre y le dijo:

—Tú, padre, eres rico, pero no me has dado nada. Divide tus posesiones y dame una tercera parte para que yo pueda mejorar mi propiedad.

El viejo le dijo:

—Tú no has traído nada a esta casa; ¿por qué habría de darte una tercera parte? Sería injusto con Iván y con la muchacha.

Simón le respondió:

—Él es un imbécil y ella una solterona, además de sorda y muda; ¿para qué les ha de servir la propiedad?

El viejo le dijo:

—Veremos qué dice Iván.

E Iván dijo:

—Déjalo que se lleve lo que quiera.

Así que Simón el Soldado tomó la parte de los bienes del padre que le correspondía, la llevó a su propiedad y partió de nuevo a servir al zar.

Taras el Corpulento también reunió mucho dine-

ro y se casó con la hija de un comerciante, pero quería más. Así que también él fue a buscar a su padre y le dijo:

–Dame mi parte.

El viejo tampoco quería darle a Taras su parte y le dijo:

–No trajiste nada a esta casa. Iván ha ganado todo lo que hay aquí. ¿Por qué habríamos de perjudicarlos a él y a la muchacha?

Taras dijo:

–¿Qué necesita? Es un imbécil. No puede casarse. Nadie se casaría con él. Y la muchacha muda tampoco necesita nada. Mira, Iván –le dijo–, dame la mitad del trigo; no quiero las herramientas, y del ganado sólo me llevaré el caballo gris que a ti no te sirve para el arado.

Iván se rio y le dijo:

–Toma lo que quieras. Trabajaré para ganar más.

Así que también le dieron su parte a Taras; y este se llevó el trigo al pueblo en una carreta y se llevó el caballo gris. Iván se quedó sólo con una yegua vieja para su vida campesina y para sostener a su padre y a su madre.

2

Ahora bien, el viejo diablo estaba molesto porque los tres hermanos no se habían peleado sino que habían partido los bienes pacíficamente; así que convocó a tres diablillos.

–Sucedo lo siguiente –les dijo–. Hay tres hermanos: Simón el Soldado, Taras el Corpulento e Iván el Imbécil. Debieron haberse peleado pero viven pacíficamente y se reúnen en términos amistosos. Iván el Imbécil me dañó las cosas. Quiero que ustedes tres vayan e incordien a esos tres hermanos y los alebresten hasta que se saquen los ojos entre sí. ¿Creen que pueden hacerlo?

–Sí, lo haremos –dijeron.

–¿Y cómo piensan lograrlo?

–Lo primero que haremos será arruinarlos –contestaron–. Y cuando no tengan ni una migaja para comer los ataremos juntos y sin duda se pelearán entre sí.

–Eso es perfecto; veo que entienden bien el asunto. Vayan y no vuelvan hasta que hayan logrado su cometido o los desollaré vivos.

Los diablillos se fueron a un pantano y empezaron

a discutir cómo lo harían. Discutieron y discutieron porque cada uno de ellos quería la labor menos pesada. Pero al final decidieron echar a la suerte qué diablillo debía ocuparse de qué hermano. Si uno de ellos terminaba su trabajo antes que los demás debía ir a ayudar a los otros. Así que lo echaron a la suerte y fijaron una fecha para reencontrarse en el pantano y saber quién había tenido éxito y quién necesitaba ayuda.

Llegó la fecha fijada y los diablillos se reunieron de nuevo en el pantano como habían convenido y cada uno empezó a contar cómo le había ido. El primero, que se había encargado de Simón el Soldado, empezó:

–Mis asuntos van muy bien. Simón volverá a casa de su padre mañana.

Sus camaradas le preguntaron:

–¿Cómo lo lograste?

–Primero que todo –respondió–, volví a Simón tan osado, que le ofreció a su zar conquistar el mundo y su zar lo nombró general y lo mandó a pelear contra el rey de la India. Se aprestaron para la batalla, pero la noche anterior humedecí la pólvora en el campamento de Simón y construí para el rey de la India incontables soldados de paja. Cuando los soldados de Simón se

vieron rodeados por los soldados de paja, se asustaron; Simón les ordenó que dispararan pero sus cañones y sus rifles no funcionaron. Los soldados de Simón se asustaron todavía más y huyeron como ovejas y el rey indio los degolló a todos. Simón cayó en desgracia. Sus propiedades han sido confiscadas y mañana será ejecutado. En un día habré terminado mi trabajo: no me queda más que liberarlo de la prisión para que huya a casa. Mañana estaré dispuesto a ayudar a cualquiera de ustedes que me necesite.

Entonces el segundo diablillo, que se había encargado de Taras, empezó a contar cómo le había ido.

–Mis asuntos van muy bien. Taras no aguantará más de una semana. Primero lo volví cada vez más avaricioso y gordo. Su codicia se volvió tan grande que quería comprar todo lo que veía. Se gasta todo su dinero comprando una cantidad enorme de objetos, y no se detiene. Ya se está endeudando; sus deudas empiezan a ahogarlo y está hundido hasta el cuello. En una semana se vencen sus facturas y yo estropearé sus mercancías antes de que se venza el plazo: no podrá pagar y tendrá que refugiarse en casa de su padre.

Le preguntaron entonces al tercer diablillo, el de Iván.

—¿Y tú en qué vas?

—Mis asuntos van muy mal. Primero que todo escupí en su bebida para que le doliera el estómago y después apisoné su tierra hasta que quedó dura como una piedra, de manera que no pudiera arar. Pensé que no lo haría, pero tonto como es, empezó a hacer surcos; los retortijones de estómago no impidieron que siguiera trabajando. Le rompí el arado, pero volvió a casa, sacó otro y siguió arando. Me escurri bajo la tierra y agarré las cuchillas pero no había manera de detenerlo. Él se apoyó con toda la fuerza sobre el arado, y las afiladas cuchillas me cortaron las manos. Prácticamente ya terminó de arar el campo; sólo le queda una franja. Necesito ayuda, hermanos. Si no lo derrotamos, nuestros esfuerzos habrán sido en vano. Si el Imbécil insiste en trabajar la tierra, sus hermanos nunca sabrán que la quieren porque él los alimentará a los dos.

El diablillo de Simón el Soldado prometió ayudarle al día siguiente y se separaron.

3

Iván ya había terminado todo el barbecho excepto por una franja, así que regresó a terminarla. Aunque le dolía el estómago era necesario terminar de arar.

Soltó las cuerdas del arnés y empezó a trabajar. Hizo un surco, pero cuando venía de regreso, el arado se frenó como si se hubiera enredado en una raíz. Era el diablillo que había abrazado la rejilla del arado con las piernas y lo estaba deteniendo. “Qué cosa más extraña”, pensó Iván. Aquí no había raíces y, sin embargo, he aquí una. Iván metió la mano entre el surco y empezó a buscar. Cuando sintió una cosa suave, la jaló. Era negra como una raíz pero se retorció.

–Ah, pero si es un diablillo. ¡Qué desagradable! –dijo Iván, y levantando la mano se dispuso a arrojarlo contra el arado, pero el diablillo chilló:

–No me hagas daño y haré lo que me pidas.

–¿Qué puedes hacer?

–Lo que me pidas.

Iván se rascó la cabeza.

–Me duele el estómago –dijo–. ¿Puedes curarme?

–Claro que puedo.

–Entonces, hazlo.

El diablillo se hundió entre el surco, buscó y escarbó con sus garras y sacó un ramo de tres raicitas que le entregó a Iván.

–Toma –dijo–. Quien se trague una de estas se

curará de cualquier enfermedad.

Iván tomó las raíces, las separó y se tragó una. El dolor de estómago desapareció. El diablillo le rogó de nuevo que lo soltara.

–Me meteré entre la tierra y nunca volveré –dijo.

–Está bien –dijo Iván–. Vete y que Dios te acompañe.

Tan pronto como Iván mencionó a Dios el diablillo se hundió en la tierra como una piedra en el agua. Sólo quedó un hueco.

Iván puso las otras dos raíces bajo el sombrero y siguió arando. Cuando terminó, volteó el arado y volvió a casa. Le quitó el arnés al caballo, entró a la cabaña y allí vio a su hermano mayor, Simón el Soldado, y a su esposa sentados a la mesa. Las propiedades de Simón habían sido confiscadas, él mismo a duras penas había escapado de prisión y había regresado a la casa de su padre.

Simón vio a Iván y le dijo:

–He venido a vivir contigo. Tendrás que alimentarnos a mi esposa y a mí hasta que consiga otro cargo.

–Desde luego –dijo Iván–. Pueden quedarse con nosotros.

Pero cuando Iván estaba a punto de sentarse a

la mesa, la señora se molestó con el olor y le dijo a su marido:

–No puedo cenar con un campesino sucio.

De manera que Simón el Soldado le dijo:

–Mi señora dice que hueles mal. Es mejor que cenes afuera.

–Está bien –dijo Iván–. De todas maneras debo pasar la noche afuera porque tengo que llevar la yegua a pastar.

Cogió un poco de pan y su abrigo y se fue con la yegua al campo.

#### 4

Como ya había terminado su trabajo, el diablillo de Simón vino a buscar al diablillo de Iván para ayudarlo a vencer al Imbécil. Llegó hasta el campo arado y buscó y buscó, pero sólo encontró un hueco.

–Es evidente que algo malo le ha pasado a mi camarada. Debo reemplazarlo. El campo ya está arado así que el Imbécil debe de estar ocupado en la pradera.

El diablillo se fue a la pradera e inundó el sembrado de Iván de manera que el pasto quedó todo cubierto de barro.

Iván volvió del pastizal a la madrugada, afiló la guadaña y se fue a segar. No había alcanzado a pasar la guadaña dos veces cuando esta perdió el filo. Iván siguió bregando un rato y después dijo:

–No tiene caso. Tendré que ir a casa a traer la piedra para afilar la guadaña y de una vez cogeré un pedazo de pan. Así tenga que pasar aquí una semana, no me iré hasta que acabe de segar.

Cuando el diablillo oyó esto pensó: “Este Imbécil es duro de roer. Así no voy a poder con él. Tendré que intentar otro truco.”

Iván regresó, afiló la guadaña y empezó a trabajar. El diablillo se escondió entre el pasto y cada vez que Iván movía la guadaña, él la agarraba por el mango, haciendo que la punta se enterrara. A Iván le pareció muy duro el trabajo pero siguió segando todo el cultivo excepto el pedacito que estaba en el pantano. El diablillo se arrastró hasta el pantano y pensó: “No lo dejaré segar.”

Iván llegó al pantano. El pasto no parecía muy grueso pero se resistía a la guadaña. Iván se enfadó y empezó blandir la guadaña con toda su fuerza. El diablillo tuvo que darse por vencido; no podía mantener el ritmo de la guadaña y, viendo que las cosas se estaban

poniendo feas, se escondió en un arbusto. Iván blandió la guadaña, cortó el arbusto y también la cola del diablillo. Cuando acabó su trabajo le dijo a su hermana que rastrillara y él se fue a segar la cebada. Se llevó la guadaña pero el diablillo de cola cortada llegó primero y enredó la cebada de manera que la guadaña no sirvió. Iván regresó a casa, cogió la hoz y empezó a cosechar con ella hasta que recogió toda la cebada.

–Ya es hora de empezar con la avena –dijo.

El diablillo de cola cortada oyó esto y pensó: “No pude derrotarlo con la cebada pero lo haré con la avena. Sólo hay que esperar a que sea de día.”

Al otro día el diablillo se apresuró a llegar al campo de avena pero esta ya había sido segada. Iván la había segado de noche para no perder mucho grano. El diablillo se enfadó.

“Me ha cortado por todas partes y me tiene agotado, el Imbécil. Esto es peor que la guerra. Este maldito imbécil nunca duerme. No hay manera de seguirle el paso. Me meteré en su almiar y lo pudriré.” El diablillo se coló entre la cebada y las gavillas empezaron a pudrirse. Se quedó dormido.

Iván le puso los aperos a la yegua y se fue con el ayudante a cargar la carreta. Apenas llegó a los mon-

tículos empezó a cargar la cebada en la carreta con el tenedor. La tercera vez que lo metió, lo enterró en la espalda del diablillo. Cuando levantó el tenedor, vio en los dientes a un diablillo de cola cortada que luchaba y se retorció y trataba de escapar.

-¿Qué cosa más desagradable! ¿Volviste?

-Soy otro -le respondió el diablillo-. El de antes era mi hermano. Yo estaba ocupado con Simón.

-Pues bien -dijo Iván-. Quienquiera que seas, tendrás el mismo fin.

Estaba a punto de arrojarlo contra la carreta cuando el diablillo gritó:

-Déjame ir, y no solo te dejaré en paz sino que haré lo que me pidas.

-¿Qué puedes hacer?

-Puedo fabricar soldados de cualquier material.

-¿Y para qué me servirían?

-Puedes ponerlos a hacer lo que quieras.

-¿Pueden cantar?

-Sí, si quieres.

-Está bien, haz unos cuantos.

Y el diablillo le dijo:

-Debes tomar una gavilla de cebada, pararla sobre la tierra y decir:

*Gavilla, mi esclavo  
esta orden dio.  
Donde hubo pajilla,  
un soldado apareció.*

Iván tomó la gavilla, la paró en la tierra, y dijo las palabras que el diablillo le había indicado. La gavilla se desbarató y todas las espigas se convirtieron en soldados, y al frente había un trompetero y un tamborilero, de manera que era todo un regimiento. Iván se rio.

–Genial –dijo–. Esto es maravilloso. Las mujeres estarán encantadas.

–Ahora déjame ir –dijo el diablillo.

–No –dijo Iván–. Antes quiero rehacer las espigas para no perder el grano. Enséñame cómo volverlos gavillas de nuevo. Quiero trillarlas.

Y el diablillo le dijo:

–Repite:

*Que sea de nuevo paja  
quien antes fuera soldado  
pues mi verdadero esclavo  
esto así lo ordenara.*

Apenas Iván terminó de decir esto la gavilla reapareció. Una vez más el diablillo empezó a rogar que lo dejaran ir.

Iván asintió y, empujándolo contra la carreta, lo sostuvo con la mano, mientras sacaba el tenedor.

–Que Dios te acompañe –dijo.

Apenas mencionó a Dios el diablillo se hundió en la tierra como una piedra en el agua. Sólo quedó un hueco. Iván regresó a casa y se encontró a su otro hermano, Taras, cenando con su esposa.

Taras el Corpulento no había podido pagar sus deudas, había huido de sus acreedores y regresado a casa de su padre. Cuando vio a Iván le dijo:

–Mira, hasta que pueda empezar un nuevo negocio, tendrás que mantenernos a mi esposa y a mí.

–Está bien –dijo Iván–. Pueden vivir aquí si quieren.

Iván se quitó el abrigo y se sentó a la mesa pero la mujer del mercader dijo:

–No puedo sentarme al lado de este payaso. Huele a sudor.

Así que Taras el Corpulento le dijo:

–Iván, hueles muy mal, ve a comer afuera.

–Está bien–dijo Iván, y salió al patio después de

coger un trozo de pan-. De todas maneras es hora de que lleve a la yegua a pastar.

5

Cuando el diablillo de Taras quedó libre, vino a ayudar a sus compañeros a vencer a Iván el Imbécil como habían acordado. Fue al trugal a buscar a sus compañeros, pero allí no había nadie. Sólo encontró un hueco. Fue a la pradera y allí encontró una cola de diablillo en el pantano y otro hueco en el rastrojo de la cebada.

“Es evidente que mis compañeros han tenido mala suerte”, pensó. “Debo reemplazarlos y derrotar al Imbécil.”

Así que el diablillo se fue a buscar a Iván, que ya había almacenado el trigo y estaba talando árboles en el bosque.

Los dos hermanos habían empezado a sentirse un poco estrechos viviendo juntos y le habían pedido a Iván que cortara árboles para construirles casas.

El diablillo corrió al bosque, se encaramó a una rama y empezó a impedir que Iván talara los árboles. Iván taló uno de los árboles, pero este al caer se la-deó y se enredó entre unas ramas. Iván cortó un palo

para que cayera a tierra. Se puso a talar otro árbol y ocurrió lo mismo, y agotó sus fuerzas tratando de que este cayera al piso. Empezó a talar un tercer árbol y lo mismo sucedió.

Iván había esperado cortar medio centenar de árboles pequeños pero ni siquiera había talado diez y la noche había caído y estaba agotado. El vapor que despedía su cuerpo se regó como niebla por el bosque pero él no dejaba de trabajar. Siguió talando, pero la espalda le dolía de tal manera que no podía permanecer de pie, así que enterró el hacha en el árbol y se echó a descansar.

Al darse cuenta de que Iván había dejado de trabajar, el diablillo se puso contento.

“Por fin”, pensó. “Está agotado. Desistirá. Ahora yo también podré descansar.”

Se sentó a horcajadas en una rama y se rio. Pero Iván no tardó en levantarse, tomó el hacha, dio un golpe al árbol y lo empujó con tal fuerza que este cedió y se vino al suelo. El diablillo no se lo esperaba, no tuvo tiempo de quitarse y el tronco le atrapó las patas. Iván había empezado a podar las ramas cuando se dio cuenta de que había un diablillo colgando de ellas. Se sorprendió.

–¡Qué desagradable! Así que has vuelto.

–Yo soy otro –replicó el diablillo–. Estaba a cargo de tu hermano Taras.

–Quienquiera que seas, hasta aquí llegaste –dijo Iván y empezó a blandir el hacha para golpearlo con el mango pero el diablillo le suplicó:

–No me golpees –dijo– y haré lo que me pidas.

–¿Qué sabes hacer?

–Puedo hacer dinero; todo el que quieras.

–Está bien. Hazlo.

El diablillo le mostró cómo hacerlo.

–Toma unas hojas de ese cedro, frótalas y verás cómo cae oro.

Iván tomó unas hojas y las frotó y de sus manos cayó oro.

–Esto será muy útil –dijo– para que los muchachos se diviertan en vacaciones.

–Ahora déjame ir –pidió el diablillo.

–Está bien –dijo Iván. Tomó un palo que usó de palanca y lo liberó–. Que Dios te acompañe –le dijo.

Tan pronto como mencionó a Dios el diablillo se hundió en la tierra como una piedra en el agua y sólo quedó un hueco.

## 6

Los hermanos construyeron una casa para cada uno y se fueron a vivir por su lado; Iván terminó la cosecha, preparó cerveza e invitó a sus hermanos a pasar el siguiente fin de semana con él. Pero sus hermanos no fueron. “No nos interesan las fiestas de campesinos”, dijeron. Así que Iván invitó a los campesinos y a sus esposas y bebió hasta emborracharse. Salió a la calle a bailar y mientras se dirigía a un corrillo de bailarines, pidió a las mujeres que cantaran en su honor y a cambio les daría algo que no habían visto nunca en su vida. Las mujeres rieron y lo alabaron, y cuando terminaron, dijeron:

–Danos el regalo que nos prometiste.

–Ya lo traigo –dijo Iván.

Tomó una canasta y corrió hacia el bosque. Las mujeres reían. “Es un imbécil”, decían. Y empezaron a hablar de otras cosas. Pero Iván volvió corriendo con la canasta pesada.

–¿Lo quieren?

–Sí, dánoslo.

Iván lanzó una manotada de oro a las mujeres, y había que verlas arrojándose sobre él. Los hombres de los

alrededores lo buscaron a gatas y unos a otros se lo arrebatában. Una vieja casi murió aplastada. Iván se reía.

–¡Qué tontos! ¿Por qué aplastan a la abuela? Si se calman les daré más –y les arrojó otro puñado. La gente se agolpó a su alrededor e Iván les botó todo el oro que tenía. Pidieron más, pero Iván les dijo–: Ahora mismo no tengo. Les daré más en otro momento. Bailemos y cantemos.

Las mujeres empezaron a cantar.

–No me gustan sus canciones –dijo Iván.

–¿Conoces otras más bonitas?

–Ya verán.

Se dirigió al granero, tomó una gavilla, le sacudió el grano, la puso de pie y la golpeó sobre el piso.

*Mi esclavo, gavilla,*

*esta orden dio.*

*Donde hubo pajilla,*

*un soldado apareció.*

La gavilla se deshizo y se convirtió en un regimiento de soldados. Los tambores y trompetas resonaron. Iván les ordenó tocar y cantar, los condujo afuera, y la gente se quedó mirando, asombrada.

Los soldados tocaron y cantaron, después de lo

cual Iván –tras prohibir a todos que lo siguieran– los devolvió al granero, los convirtió de nuevo en gavilla y los dejó en su lugar.

Regresó a casa y se echó a dormir en el establo.

## 7

Simón el Soldado se enteró de lo sucedido a la mañana siguiente y fue a buscar a su hermano.

–Dime, ¿de dónde sacaste a esos soldados? ¿A dónde los llevaste?

–¿A ti qué te importa?

–¿Que qué me importa? Con soldados uno puede hacer cualquier cosa. Puede conquistar un reino.

Iván se quedó pensativo.

–¿De verdad? Te haré tantos como quieras. No me cuesta nada y ya casi acabé la trilla.

Iván llevó a su hermano al granero y le dijo:

–Si te fabrico soldados, deberás llevártelos de inmediato, porque si tenemos que alimentarlos, acabarán con las provisiones del pueblo en un día.

Simón prometió llevarse a los soldados e Iván empezó a fabricarlos.

Golpeó una gavilla en el suelo del granero y apareció un regimiento. Golpeó una segunda gavilla

y apareció otro regimiento. Fabricó tantos que cubrieron el campo.

–¿Serán suficientes?

Simón estaba exultante.

–Serán suficientes. Gracias, Iván.

–Si quieres más, vuelve y te haré más. Hay paja de sobra en esta época.

Simón el Soldado se puso al frente de su ejército, lo organizó y partió a la guerra. Acababa de irse, cuando apareció Taras el Corpulento. Él también había oído de lo sucedido la víspera:

–Muéstrame de dónde sacaste las monedas de oro. Con unas cuantas para empezar podría reunir todo el dinero del mundo.

Iván se mostró asombrado.

–¿De verdad? Debiste habérmelo dicho antes. Te haré todas las monedas que quieras.

Su hermano estaba encantado.

–Dame tres canastas llenas por lo pronto.

–Está bien –le dijo Iván–. Acompáñame al bosque; o mejor todavía, aparejemos la yegua, porque no podrás cargarlo todo.

Se dirigieron al bosque e Iván empezó a frotar hojas de cedro. Hizo una gran pila de oro.

–¿Será suficiente?

Taras estaba exultante.

–Bastará por ahora. Gracias, Iván.

–Muy bien –dijo Iván–. Si quieres más, vuelve.  
Quedan muchas hojas.

Taras el Corpulento llenó una carreta de dinero y se fue a comerciar.

Así fue como partieron los dos hermanos: Simón a pelear, y Taras a comprar y vender. Simón el Soldado conquistó para sí un reino; Taras el Corpulento hizo mucho dinero en el comercio. Cuando los dos hermanos se encontraron se contaron cómo había obtenido los soldados, el uno, y cómo había obtenido el dinero, el otro. Y Simón el Soldado le dijo a su hermano:

–Conquisté un reino y vivo a lo grande, pero no tengo suficiente dinero para mantener soldados.

Y Taras el Corpulento dijo:

–Y yo he hecho mucho dinero pero el problema es que no tengo quién me lo cuide.

Entonces Simón el Soldado dijo:

–Pues hablemos con nuestro hermano. Le diré que me haga más soldados y te los daré a ti para que cuiden tu dinero. Y tú le dirás que te haga más dinero para que yo pueda alimentar a mis hombres.

Se fueron a buscar a Iván y Simón dijo:

–Querido hermano, no tengo suficientes soldados.

Hazme un par de gavillas más.

Iván meneó la cabeza.

–No –respondió–. No voy a hacer más soldados.

–Prometiste que lo harías.

–Sé que lo prometí pero no voy a hacerlo.

–¿Por qué no, Imbécil?

–Porque tus soldados mataron a un hombre; estaba arando el otro día al lado del camino cuando vi pasar a una mujer que llevaba un ataúd en una carreta y lloraba. Le pregunté quién había muerto y dijo: “Los soldados de Simón mataron a mi marido en la guerra.” Pensé que los soldados se dedicarían a cantar, pero mataron a un hombre y no te voy a dar más.

Y no hubo manera de hacerlo cambiar de opinión.

También Taras el Corpulento empezó a rogarle a Iván que le hiciera más monedas de oro, pero Iván se negó.

–No –dijo–. No voy a hacer más monedas.

–¿No me prometiste que lo harías?

–Así es, pero no voy a hacerte más monedas.

–¿Por qué no, Imbécil?

–Porque tus monedas de oro se llevaron la vaca de la hija de Miguel.

–¿Cómo así?

–Simplemente se la llevaron. La hija de Miguel tenía una vaca; sus hijos bebían leche; pero el otro día sus hijos vinieron a pedirme leche. Yo les pregunté: “¿Dónde está la vaca?” Y ellos me respondieron: “El mayordomo de Taras el Corpulento le dio a mi madre tres pedazos de oro y ella le entregó la vaca y ya no tenemos nada qué beber.” Pensé que usarías las monedas para jugar, pero te llevaste la vaca de los niños. No te daré más.

Y no hubo manera de hacerlo cambiar de opinión, así que los hermanos se fueron y mientras se alejaban discutían sobre la mejor forma de hacer frente a sus dificultades. Simón dijo:

–Yo te diré lo que hay que hacer. Tú dame dinero para alimentar a mis soldados y yo te daré la mitad de mi reino, con suficientes soldados para cuidar de tu dinero.

Taras estuvo de acuerdo, así que los hermanos dividieron sus posesiones y ambos se volvieron zares y ambos fueron ricos.

## 8

Iván permaneció en su casa y trabajaba la tierra con su hermana muda para mantener a su padre y a su madre. Ahora bien, sucedió que su perra guardiana enfermó de sarna y casi muere. Iván sintió lástima de la perra, pidió un pedazo de pan a su hermana, lo guardó en su gorra y después lo sacó y se lo arrojó. Pero el gorro se rompió y al piso fueron a dar el pan y una de las raicitas que le había dado el diablillo. La vieja perra se comió la raíz con el pan, y no bien los hubo tragado, se levantó de un salto y empezó a jugar y a ladrar, batiendo la cola; para decirlo en pocas palabras, se mejoró. El padre y la madre lo vieron y se quedaron maravillados. “¿Cómo curaste a la perra?”, preguntaron. Iván contestó:

–Tenía dos raicitas para curar cualquier dolencia y ella se comió una.

Más o menos por la misma época sucedió que la hija del zar enfermó y el zar proclamó en pueblos y ciudades que daría una recompensa a quien pudiera curarla; y si fuese un hombre soltero quien curara a la hija del zar, se la daría por esposa. También en el pueblo de Iván se difundió la noticia. Su padre y su madre lo llamaron y le dijeron:

–¿Has oído la proclama real? Dijiste que tenías

una raíz que cura cualquier enfermedad. Ve y sana a la hija del zar y serás feliz para siempre.

–Muy bien –dijo él, y se puso su ropa más elegante para viajar.

Cuando salía por la puerta se topó con una mendiga con la mano tullida.

–He oído que puedes sanar a la gente. Te ruego que me cures la mano, pues ni siquiera me puedo poner los zapatos.

–Claro que sí –dijo Iván, y le dio la raicilla a la mendiga. Ella la tragó y se curó. Inmediatamente empezó a mover la mano sin dificultades.

Su padre y su madre salieron de la casa dispuestos a acompañar a Iván hasta el palacio real, pero cuando oyeron que le había dado la raíz a alguien y que no le quedaba nada para curar a la hija del zar, empezaron a regañarlo.

–Sientes lástima de una mendiga pero no de la hija del zar –le dijeron. Pero Iván también sentía lástima de la hija del zar, así que enganchó el caballo y cargó la carreta con paja para sentarse.

–¿A dónde vas, Imbécil?

–A curar a la hija del zar.

–Pero no tienes con qué curarla.

–No importa –respondió él, y se alejó.

Condujo hasta el palacio del zar y tan pronto como cruzó el umbral, la hija del zar se mejoró. El zar se sintió feliz e hizo que llevaran a Iván a su presencia, y dio instrucciones para que lo vistieran con las mejores prendas.

–Cásate con mi hija.

–Muy bien –dijo Iván y se casó con la princesa.

El padre de la joven murió poco tiempo después e Iván se convirtió en zar, de manera que ahora los tres hermanos eran zares.

## 9

Los tres hermanos vivieron y reinaron. El mayor, Simón el Soldado, prosperó, y gracias a sus soldados de paja pudo reclutar soldados de verdad. Ordenó que uno de cada diez hogares enviara un soldado a su ejército. Los soldados debían ser altos y pulcros. Reunió a muchos soldados de esta guisa y los entrenó. Y cuando alguien se oponía a él, enviaba a sus soldados e imponía su voluntad, de manera que todos empezaron a temerle y su vida transcurría muy cómodamente. Todo lo que veía y deseaba, se volvía suyo. Enviaba a

sus soldados a que le trajeran todo lo que quería.

Taras el Corpulento también vivía cómodamente. No derrochó el dinero que Iván le dio sino que más bien lo aumentó con creces. Impuso la ley y el orden en su reino. Mantenía su dinero en cofres y obligaba a la gente a pagar impuestos. Estableció impuestos personales, peajes en los caminos peatonales y en las carreteras y un impuesto a los zapatos y a las medias y a los cortes de tela. Obtenía lo que deseaba; la gente le entregaba todo en nombre del dinero. Y se ofrecían a trabajar para él porque todo el mundo quería dinero.

Iván el Imbécil tampoco vivía mal. Tan pronto enterró a su suegro, se quitó las ropas reales y se las entregó a su esposa para que las guardara en baúles. Volvió a vestir su camisa de lienzo, sus pantalones y sus zapatos de campesino, y regresó al trabajo.

–Me aburro –decía–; estoy engordando y he perdido el apetito y el sueño –así que trajo a su padre, a su madre y a su hermana muda a vivir con él y siguió trabajando como antes.

La gente decía: “¡Pero si eres un zar!”

“Sí”, respondía él; “pero hasta los zares deben comer.”

Uno de sus ministros le dijo:

–No tenemos dinero para pagar los salarios de los sirvientes.

–Muy bien –respondió él–. Entonces no les paguen.

–No nos servirán.

–Muy bien –respondió él–. Entonces que no sirvan. Así tendrán más tiempo para trabajar. Que saquen la boñiga. Hace mucho que la dejan amontonada sin aprovecharla.

La gente pedía a Iván que sirviera de juez. Un día alguien le dijo:

–Este hombre me robó el dinero.

E Iván le respondió:

–Muy bien. Eso demuestra que lo quería.

Y todos descubrieron que era un imbécil. Su esposa le dijo:

–La gente dice que eres un imbécil.

–Será porque lo soy –dijo Iván.

La mujer lo pensó y lo pensó pero también ella era una imbécil. “¿Deberé oponerme a mi marido? Donde va la aguja la sigue el hilo.” Así que se quitó las ropas reales, las guardó en un baúl y le pidió a la muchacha muda que le enseñara a trabajar. Aprendió a trabajar y empezó a ayudarle a su marido.

Y todos los sabios abandonaron el reino de Iván.

Solo quedaron los imbéciles.

Nadie tenía dinero. Vivían y trabajaban. Se alimentaban a sí mismos y alimentaban a los demás.

## 10

El viejo diablo esperó y esperó que los diablillos vinieran a contarle que habían arruinado a los tres hermanos. Pero no hubo noticias. Así que fue a averiguar qué pasaba. Buscó y buscó, pero en lugar de encontrar a los tres diablillos, sólo encontró los tres huecos.

“Evidentemente fracasaron”, pensó. “Tendré que encargarme yo mismo.”

Así que fue a buscar a los hermanos pero estos ya no vivían en sus antiguas casas. Los descubrió en tres reinos diferentes. Los tres vivían y reinaban. Esto molestó sobremanera al viejo diablo.

“Tendré que ocuparme yo mismo de la tarea”, se dijo.

Primero buscó al zar Simón. Pero no usó su propia figura sino que se disfrazó de general y así se dirigió al palacio.

–He escuchado, zar Simón –le dijo–, que es usted un gran guerrero. Y como yo conozco bien el negocio, deseo servirlo.

El zar Simón lo interrogó y al darse cuenta de que era un sabio lo tomó a su servicio.

El nuevo comandante empezó a enseñarle al zar Simón a reunir un ejército fuerte.

–Primero que todo debemos reclutar más soldados –dijo– porque hay muchos desempleados en tu reino. Debemos reclutar a todos los hombres jóvenes sin excepción. Así tendrás cinco veces más soldados que antes. En segundo lugar, debemos conseguir rifles y cañones nuevos. Usaremos rifles que disparen cien balas a la vez, como alverjas; y cañones que consuman con su fuego a un hombre, un caballo o una pared.

El zar Simón le hizo caso al nuevo comandante y ordenó que todos los jóvenes sin excepción se enrolasen como soldados e hizo construir fábricas para hacer grandes cantidades de rifles y cañones mejorados. Después se apresuró a declararle la guerra a un rey vecino.

Tan pronto como se encontró cara a cara con el otro ejército, el zar Simón ordenó a sus soldados que dispararan una lluvia de balas y fuego, y de un solo golpe quemó e inutilizó a la mitad del ejército enemigo.

El rey vecino estaba tan aterrorizado que se rindió y cedió su reino. El zar Simón estaba feliz.

–Ahora voy a conquistar al rey de la India –dijo.

Pero el rey de la India había oído hablar del zar Simón y había adoptado todos sus inventos y añadido unos cuantos de su propio caletre. El rey de la India no sólo reclutó a todos los hombres jóvenes sino también a todas las mujeres solteras y reunió un ejército más numeroso que el del zar Simón, y copió sus rifles y cañones e inventó una manera de volar para arrojar bombas explosivas desde arriba.

El zar Simón se dispuso a combatir al rey de la India con la esperanza de vencerlo como había vencido al otro rey. Pero la cimitarra, que antes cortaba tan bien, había perdido el filo. El rey de la India no permitió que el ejército de Simón se acercara lo suficiente para disparar y en cambio envió a sus mujeres por el aire para que dejaran caer bombas explosivas sobre el ejército de Simón.

Las mujeres empezaron a lanzar bombas sobre el ejército como bórax sobre cucarachas. El ejército huyó y Simón el zar se quedó solo. Así que el rey de la India se quedó con el reino de Simón y este tuvo que huir.

Habiendo dado cuenta de su hermano, el viejo diablo se dirigió al palacio del zar Taras. Se disfrazó de mercader y se estableció en el reino de Taras, fundó

una casa de comercio y empezó a gastar dinero. Pagaba precios elevados por todo y todo el mundo se apresuró a correr a la casa del nuevo mercader para obtener dinero. Empezó a circular tanto dinero, que la gente pagaba sus impuestos y también las deudas atrasadas, y el zar Taras se regocijó.

“Gracias al nuevo mercader”, pensó, “tendré más dinero que nunca y mi vida será aún más cómoda.”

El zar Taras empezó a hacer planes para construir un nuevo palacio. Anunció que necesitaba madera y piedra y gente para trabajar. Y fijó precios elevados a todo. Pensaba que, como antes, llegarían multitudes dispuestas a trabajar, pero para su sorpresa, toda la madera y toda la piedra estaban donde el mercader y todos los trabajadores, también. El zar Taras aumentó su precio pero el mercader ofreció más. El zar Taras tenía mucho dinero pero el mercader tenía más y siempre le ganaba al zar.

La construcción del palacio del zar se detuvo.

El zar Taras planeó un jardín y cuando llegó el otoño buscó quién viniera a plantar el jardín pero nadie vino. Todos estaban ocupados cavando un pozo para el mercader. Llegó el invierno y el zar Taras quiso comprar pieles de astracán para un nuevo abrigo.

Mandó a comprarlas pero los mensajeros regresaron diciendo:

–No hay pieles. El mercader las tiene todas. Ofreció el mejor precio y fabricó tapetes.

El zar Taras quiso conseguir sementales. Mandó a comprarlos pero los mensajeros regresaron diciendo:

–El mercader tiene todos los buenos sementales; están cargando el agua para llenar su pozo.

Todos los asuntos del zar llegaron a un punto muerto. Nadie trabajaba para él porque todo el mundo estaba ocupado trabajando para el mercader, y solo le traían al zar Taras el dinero para pagar los impuestos.

El zar recogió tanto dinero que ya no tuvo dónde guardarlo y su vida se volvió miserable. Dejó de hacer planes y se hubiese contentado simplemente con vivir, pero incluso eso le estaba costando mucho trabajo. Todas sus existencias se agotaron. Uno después de otro, sus cocineros, sus cocheros y sus sirvientes lo abandonaron para irse con el mercader. Pronto escaseó hasta la comida. Cuando mandó al mercado a comprar algo, descubrió que no quedaba nada; el mercader lo había comprado todo y la gente sólo le traía al zar dinero para pagar sus impuestos.

El zar Taras se puso furioso y echó al mercader del país. Pero el mercader se estableció justo al otro lado de la frontera y siguió como si nada. Los asuntos del zar empezaron a ir de mal en peor. Pasaba muchos días sin comer y corría el rumor de que el mercader amenazaba con comprar al mismo zar. Este se asustó y no supo qué hacer.

En ese momento llegó Simón el Soldado y le dijo:

–Ayúdame, el rey de la India me ha conquistado.

Pero el zar Taras estaba metido hasta el cuello en sus propias dificultades:

–No he comido nada en dos días –dijo.

## 11

Habiendo salido de los dos hermanos, el diablo se dirigió a Iván. Se disfrazó de general y empezó a convencer a Iván de la necesidad de un ejército.

–No es conveniente que un zar carezca de ejército –le dijo–. Dame la orden, reclutaré soldados y reuniré un ejército.

Iván lo escuchó.

–Está bien –dijo Iván–. Reúne un ejército y enséñales a cantar. Me gustaría oírlos.

El viejo diablo recorrió el reino de Iván reclutando hombres. Les dijo que se metieran de soldados y que cada uno recibiría una botella de licor y un bonito gorro rojo. La gente se rio:

–Tenemos suficiente licor –dijeron–, lo hacemos nosotros mismos; y en cuanto a los gorros, las mujeres los fabrican de todas clases, incluso de rayas con borlas.

Así que nadie se enlistó.

El viejo diablo le dijo a Iván:

–Tus imbéciles no quieren reclutarse por su propia voluntad. Tendremos que obligarlos.

–Está bien –dijo Iván–, inténtalo.

De manera que el viejo diablo anunció que todos debían enlistarse y que Iván daría muerte a quien se negara.

La gente le respondió al general:

–Usted nos dice que si no nos enlistamos el zar nos matará. Pero no nos dice qué nos pasará si nos enlistamos. Hemos oído que matan a los soldados.

–Sí, sucede a veces.

La gente entonces se negó:

–No iremos –dijeron–. Es mejor morir en casa. De cualquier manera moriremos.

–¡Imbéciles! ¡Son unos imbéciles! –dijo el viejo diablo–. Un soldado puede morir o no, pero si ustedes se niegan, el zar Iván de todas maneras los matará.

La gente, curiosa, fue a consultarle a Iván el Imbécil.

–Vino un general que dice que todos debemos volvernos soldados. Él dice que si nos volvemos soldados, puede que muramos o puede que no, pero que si no lo hacemos, el zar Iván de todas maneras nos matará. ¿Es eso cierto?

Iván se rio y les respondió:

–¿Cómo podría yo solo matarlos a todos? Si no fuera un imbécil les explicaría, pero el caso es que yo mismo no lo entiendo.

–Entonces no nos enlistaremos –dijeron.

–Está bien –dijo él–, no lo hagan.

Así que la gente se negó a enlistarse. El viejo diablo se dio cuenta de que su juego había quedado al descubierto y partió a congraciarse con el zar de Tarankansky.

–Hagamos la guerra –le dijo– y conquistemos el país del zar Iván. Es cierto que no hay dinero, pero hay trigo y ganado y de todo lo demás en abundancia.

Así que el zar de Tarankansky se dispuso a hacer

la guerra. Reunió un ejército numeroso, les dio rifles y cañones, marcharon hasta la frontera e invadieron el reino de Iván.

La gente fue a ver a Iván:

–El zar de Tarankansky viene a hacernos la guerra.

–Está bien –dijo Iván–, que venga.

El zar de Tarankansky atravesó la frontera y envió exploradores a buscar el ejército de Iván. Buscaron y buscaron pero no había ejército. Esperaron y esperaron a que apareciera uno en alguna parte pero no había señales de un ejército y nadie con quien pelear.

El zar de Tarankansky envió soldados a los pueblos. Los soldados llegaron a un pueblo y los campesinos, tanto los hombres como las mujeres, salieron a mirarlos sorprendidos. Los soldados empezaron a tomar su trigo y su ganado. Los campesinos los dejaron hacer y no opusieron resistencia. Los soldados avanzaron hacia otro pueblo y lo mismo sucedió allí. Los soldados siguieron adelante un día, dos días, pero en todas partes sucedía lo mismo. La gente dejaba que se llevaran todo sin oponer resistencia, y se limitaron a invitar a los soldados a vivir con ellos.

–Pobrecitos; si su vida es dura en su propia tierra, ¿por qué no vienen y se quedan con nosotros?

Los soldados marcharon y marcharon, y seguían sin encontrar un ejército. Sólo gente que vivía y se alimentaba a sí misma y a los otros, y que no oponía resistencia sino que invitaba a los soldados a vivir allí. Los soldados se aburrieron y fueron a hablar con el zar de Tarankansky.

–Aquí no podemos luchar, llévanos a otra parte. Nos gustaría que hubiera guerra, ¿pero esto qué es? Es como cortar sopa. Así no se puede hacer la guerra.

El zar de Tarankansky se puso furioso y ordenó a sus soldados que arrasaran el reino, destruyeran los pueblos, quemaran el grano y las casas y degollaran el ganado.

–Y si no obedecen mis órdenes –les dijo–, los ejecutaré a todos.

Los soldados, atemorizados, empezaron a cumplir las órdenes del zar. Empezaron a quemar las casas y el trigo y a degollar el ganado. Pero los imbéciles seguían sin ofrecer resistencia y sólo lloraban. Los viejos lloraban, y las viejas lloraban, y los jóvenes lloraban.

–¿Por qué nos hacen daño? –dijeron–. ¿Por qué desperdician las cosas buenas? Si las necesitan, ¿por qué no las toman?

Hasta que al final los soldados ya no aguanta-

ron más, se negaron a seguir adelante y el ejército se desbandó y huyó.

## 12

El viejo diablo tuvo que rendirse. Era evidente que no podía enfrentar a Iván con soldados. Así que se convirtió en un fino caballero y se estableció en el reino. Planeaba derrotarlo por medio del dinero, como había derrotado a Taras el Corpulento.

–Quisiera hacerte un favor –le dijo a Iván–. Quisiera enseñarte el sentido común. Construiré una casa en tu reino y organizaré el comercio.

–Está bien –dijo Iván–, ven a vivir con nosotros si quieres.

A la mañana siguiente el fino caballero salió a la plaza de mercado con un costal de oro y una hoja de papel y dijo:

–Ustedes viven como cerdos. Me gustaría enseñarles a vivir como toca. Constrúyanme una casa con estos planos. Trabajarán, yo les diré cómo, y les pagaré con monedas de oro.

Y les mostró el oro.

Los imbéciles estaban sorprendidos porque ellos

no usaban el dinero, canjeaban sus bienes y se pagaban entre sí con trabajo. Miraron las monedas de oro sorprendidos.

–Qué cositas tan encantadoras –dijeron, y empezaron a intercambiar sus bienes y su trabajo por las piezas de oro del caballero. El viejo diablo repartió su oro con largueza, como en el reino de Taras, y la gente empezó a intercambiar todo por oro y a hacer toda clase de trabajos a cambio de monedas.

El viejo diablo estaba encantado y pensó para sí mismo: “Las cosas van bien esta vez. Arruinaré al Imbécil como hice con Taras y ahora compraré su cuerpo y su alma.”

Pero tan pronto como los imbéciles tuvieron monedas de oro, se las dieron a las mujeres para hacer collares. Las mozas se los entretejieron en las trenzas y por último, los niños en las calles empezaron a jugar con ellas. Todo el mundo tenía monedas en abundancia, así que dejaron de recibirlas. Pero la mansión del fino caballero aun estaba a medio construir y no tenía suficiente grano y ganado para el año. Anunció que quería que la gente trabajara para él y que necesitaba ganado y grano. Por estos y por otros servicios estaba dispuesto a entregar muchas más monedas de oro.

Pero nadie vino a trabajar y no le trajeron nada. A veces un niño o una niña corría a intercambiar un huevo por una moneda de oro, pero nadie más venía y él no tenía nada que comer. Hambriento, el fino caballero se paseó por el pueblo tratando de comprar algo para cenar. Golpeó a una puerta y ofreció una moneda de oro a cambio de una perdiz, pero el ama de casa no la recibió.

–Ya tengo demasiadas –dijo ella.

Intentó comprar un arenque en la casa de una viuda y ofreció una moneda de oro.

–No la quiero, mi buen señor –replicó ella–. No tengo niños que jueguen con ella y yo misma ya tengo tres monedas guardadas.

Intentó comprar pan en la casa de un campesino pero tampoco el campesino recibió el dinero.

–No lo necesito –dijo él–, pero si está mendigando por amor de Cristo espera un poco y le diré a la señora que te corte un pedazo de pan.

Ante esto, el diablo escupió y salió corriendo. Oír el nombre de Cristo, para no hablar de recibir algo en su nombre, le hacía más daño que una puñalada. Así que no recibió el pan.

Todo el mundo tenía oro y el viejo diablo fue a

todas partes, pero nadie le daba cosas a cambio de dinero, aunque todo el mundo le decía: “Trae algo para cambiar, o ven a trabajar, o recibe lo que necesitas en el nombre de Cristo.”

Pero el viejo diablo no tenía más que dinero; no le gustaba trabajar y no podía recibir cosas en nombre de Cristo. El viejo diablo se puso furioso.

–Qué más quieren? Les estoy dando dinero –dijo–. El oro puede comprarlo todo y sirve para contratar a cualquier tipo de trabajador.

Pero los imbéciles no le prestaron atención.

–No necesitamos el dinero –dijeron– y ni siquiera tenemos que pagar impuestos. ¿Qué podríamos hacer con él?

El viejo diablo se fue a dormir sin cena.

Iván el Imbécil se enteró del asunto.

La gente vino a preguntarle qué hacer. “Apareció un fino caballero a quien le gusta comer y beber y vestirse bien pero no le gusta trabajar y no mendiga en nombre de Cristo sino que ofrece monedas de oro a todo el mundo. Al principio la gente le daba lo que necesitaba, pero ahora todos tienen monedas de oro y nadie le da nada. ¿Qué debemos hacer con él? Morirá de hambre en poco tiempo.”

Iván escuchó.

–Muy bien –dijo–, debemos alimentarlo. Que viva por turnos en cada una de las casas, como hacen los pastores.

No había nada que hacer: el viejo diablo tuvo que empezar a ir de casa en casa. En su debido momento, le llegó el turno de ir a la casa de Iván. Cuando el viejo diablo llegó a cenar, la muchacha sordomuda estaba preparando la cena.

Con frecuencia había sido engañada por los pezones que venían a cenar temprano sin haber hecho su trabajo y se comían todas las gachas. Así que a ella se le había ocurrido detectar a los vagos por sus manos. A los que tenían manos callosas los sentaba a la mesa y los demás solo recibían las sobras.

El viejo diablo se sentó a la mesa pero la muchacha sordomuda le tomó las manos y se las miró: no tenían ni un solo callo; las manos eran limpias y suaves, de uñas largas. La muchacha sordomuda gruñó y alejó al diablo de la mesa. La mujer de Iván le dijo:

–No se ofenda, fino caballero, mi cuñada sólo permite que se sienten a la mesa los de manos callosas, pero si espera a que los demás hayan comido, recibirá las sobras.

El viejo diablo se ofendió porque en la casa del zar querían que se alimentara como si fuera un cerdo. Le dijo a Iván:

–La ley que has impuesto en tu reino de que todo el mundo tiene que trabajar con sus manos es imbécil. Y fue tu estupidez la que la impuso. ¿Crees que la gente solo trabaja con sus manos? ¿Con qué crees que trabajan los sabios?

Iván le respondió:

–¿Cómo hemos de saberlo nosotros los imbéciles? Hacemos la mayor parte del trabajo con las manos y la espalda.

–¡Eso es porque son unos imbéciles! Pero yo les enseñaré cómo trabajar con la cabeza. Entonces descubrirán que es más ganancioso trabajar con la cabeza que con las manos.

Iván se sorprendió:

–Si eso es así –dijo–, ya entiendo por qué nos llaman imbéciles.

El viejo diablo continuó:

–Pero no es fácil trabajar con la cabeza. Ustedes no me dan nada de comer porque no tengo callos en las manos pero no saben que es cien veces más difícil trabajar con la cabeza. A veces uno casi se la parte.

Iván se quedó pensativo.

–No entiendo amigo mío por qué se tortura tanto. ¿Le resulta divertido partirse la cabeza? ¿No prefiere hacer un trabajo más sencillo con las manos y la espalda?

Pero el diablo le respondió:

–Lo hago porque les tengo lástima a ustedes los imbéciles. Si no me torturara, ustedes seguirían siendo imbéciles para siempre. Pero habiendo trabajado con la cabeza, ahora les puedo enseñar.

Iván se sorprendió.

–Entonces enséñenos –dijo–, para que cuando nuestras manos se engarroten podamos usar nuestras cabezas para variar.

Y el diablo prometió enseñarle a la gente.

Iván anunció por todo el reino que había llegado un fino caballero que le enseñaría a todo el mundo a trabajar con la cabeza; que se podía hacer más con la cabeza que con las manos y que todo el mundo debía venir y aprender.

Ahora bien, había en el reino de Iván una torre altísima con muchos escalones que conducían a un faro en la punta. Iván llevó al caballero allá arriba para que todo el mundo pudiera verlo.

Así que el caballero se acomodó en la punta de la torre y empezó a hablar y la gente empezó a llegar. Pensaron que el caballero realmente les mostraría cómo trabajar con la cabeza sin usar las manos. Pero el viejo diablo solo les enseñó cómo vivir sin trabajar. La gente no entendía. Se quedaron allí cavilando y después se fueron a ocuparse de sus asuntos.

El viejo diablo se quedó en la torre un día entero y después un segundo día, hablando todo el tiempo. Estuvo allí tanto tiempo que le dio hambre y a los imbeciles nunca se les ocurrió subirle comida a la torre. Pensaron que si podía trabajar con la cabeza mejor que con las manos seguramente podría proveerse de pan con más facilidad.

El viejo diablo se quedó en la punta de la torre un día más hablando y hablando. La gente se acercaba, se quedaba allí un rato y después se iba. Iván preguntaba:

—¿Ya empezó el caballero a trabajar con su cabeza?

—Todavía no —respondió la gente—. Sigue hablando sin parar.

El viejo diablo se quedó en la torre un día más pero empezó a debilitarse y a tambalearse y se golpeó

la cabeza contra una de las columnas del faro. Alguien abajo se dio cuenta y le contó a la mujer de Iván y ella salió corriendo a buscar a su marido que estaba en el campo.

–Ven a mirar –le dijo ella–. Dicen que el caballero está empezando a trabajar con la cabeza.

Iván se sorprendió:

–¿De verdad? –dijo.

Y dirigió su caballo hacia la torre. Cuando llegó allí, el viejo diablo estaba completamente exhausto y se tambaleaba y se golpeaba la cabeza contra las columnas. En el momento en el que Iván llegó a la torre, el diablo se tropezó y se fue al suelo y cayó por las escaleras, tump, tump, tump, hasta que llegó al final, marcando cada escalón con un golpe de la cabeza.

–Vaya –dijo Iván–, el fino caballero decía la verdad cuando explicaba que a veces uno se parte la cabeza. Esto es peor que las ampollas; después de este trabajo, tendrá la cabeza llena de chichones.

El viejo diablo llegó por fin al pie de las escaleras y se golpeó la cabeza contra el piso. Iván se disponía a acercarse a él y preguntarle qué tanto trabajo había hecho cuando de pronto la tierra se abrió y el viejo diablo se hundió. Sólo quedó un hueco.

Iván se rascó la cabeza:

–Qué cosa más desagradable –dijo–. Otra vez uno de esos diablos. Es increíble, este debe ser el padre de los demás.

Iván aún vive y las multitudes acuden a su reino. Sus propios hermanos vinieron a vivir con él y él los alimenta. A todo el que llega y pide comida Iván le responde: “Está bien, puede quedarse con nosotros. Tenemos suficiente de todo. En este reino solo hay una costumbre muy especial. Aquel que tiene manos callosas se sienta a la mesa, pero aquel que no las tiene, debe alimentarse de sobras.”

1885



IVÁN EL IMBÉCIL  
FUE EDITADO POR  
EL INSTITUTO  
DISTRITAL DE  
CULTURA Y TURISMO  
Y LA SECRETARÍA DE  
EDUCACIÓN DISTRITAL  
PARA SU BIBLIOTECA

*libro al viento*

BAJO EL NÚMERO  
VEINTE Y SE IMPRIMIÓ  
EL MES DE NOVIEMBRE  
DEL AÑO 2005 EN  
BOGOTÁ

